

# Jalisco-Sonora

## Dos caminos distintos hacia la Revolución mexicana

### Introducción

En el proceso de desarrollo regional de México están presentes tanto factores de origen externo, como de

Los estudios regionales sobre la Revolución mexicana han venido destruyendo los marcos generales que durante muchos años han soportado su interpretación; las interpretaciones globales se han topado con realidades regionales que no se mueven en la misma dirección ni en el mismo tiempo, desnudando una variedad de focos en movimiento, otros pasivos y algunos incluso regresivos, que expresan historias contrastadas al interior de lo que hemos llamado Revolución mexicana. En esta reflexión tratamos de explicar el papel que jugó el desarrollo regional en los estados de Jalisco y Sonora, así como la evolución histórica que los llevó por rumbos distintos y contrastantes ante el dilema de construir un nuevo proyecto de país a la caída del régimen porfirista y la irrupción de la Revolución mexicana.

**Palabras clave:** identidad regional, alianza conservadora, minería, Partido Católico Nacional, evolución histórica.

origen interno. Los primeros tienen que ver con la forma y las condiciones que permiten a cada región su incorporación histórica a las redes del mercado internacional, así como con la presencia de capitales extranjeros que alientan el desarrollo; los segundos, por su parte, pueden facilitar o entorpecer el surgimiento de las economías locales dependiendo, en cada caso, de la cantidad y calidad de los recursos exportables disponibles, de la cercanía respecto a los centros de intercambio fronterizos o portuarios, del crecimiento demográfico, de la presencia de comunidades étnicas y de la forma de interrelación e incorporación de las mismas a los procesos económicos y sociales regionales, de la presencia de la Iglesia como factor ideológico entre las masas, del desarrollo educativo y cultural, de la dependencia o autonomía regional en sus relaciones con el poder central, de la existencia y

♦ Investigador del Departamento de Estudios de los Movimientos Sociales, Universidad de Guadalajara.

fomento de las comunicaciones que favorezcan el tránsito de mercancías, y de la fuerza de su identidad regional.

Con mayor o menor intensidad y asumiendo en cada caso formas específicas, estos elementos han estado presentes históricamente a lo largo del territorio nacional provocando desigualdades regionales que se tradujeron en identidades diferenciadas, cuyo origen quedó definido en función de las características particulares que determinaron la evolución de cada región. Mayor o menor disponibilidad de mano de obra, por ejemplo, impulsaron en un momento dado, el tránsito hacia relaciones laborales modernas en las regiones de escasa presencia demográfica; pero en donde la mano de obra era abundante, por el contrario, esto favoreció la persistencia de las viejas formas de explotación de los trabajadores y limitó las posibilidades de una renovación tecnológica de los procesos de producción agrícola e industrial. Una mayor presencia de etnias fuertes y apegadas a su territorio, convirtió la privatización capitalista de la tierra en un problema complicado y muchas veces generador de violentas rebeliones sociales en muchas regiones del país. Sostengo la hipótesis de que: dependiendo como se hayan combinado los factores internos y externos en cada región, pudieron alentarse la formación de fuerzas sociales proclives a la modernidad económica y social, o en su defecto, de fuerzas regionales dispuestas a la conservación de las formas tradicionales, e incluso proclives al retorno a un idílico pasado indígena.

No se trata de afirmar de manera tajante que el desarrollo histórico regional, convierte a unas regiones en vanguardias de la modernidad y a otras en rémoras del desarrollo. Durante la guerra de Independencia, el Bajío emerge como una región en donde las condiciones locales propiciaron el surgimiento de una corriente independentista encabezada por Hidalgo. El federalismo y la Reforma, por su parte, tuvieron al Occidente —Jalisco, Michoacán y Zacatecas—,

como principal centro impulsor de ese movimiento renovador, y finalmente, el Norte de México, aparece como la región que con mayor energía impulsó el movimiento revolucionario de 1910.

En estos casos, nos encontramos ante la presencia de regiones en donde las contradicciones sociales, políticas y económicas, fueron un factor de suma importancia para impulsar la ruptura con el viejo orden social imperante, y que propiciaron la evolución que, paso a paso, dio origen al México moderno. No existen regiones esencialmente vanguardistas o esencialmente conservadoras; en algún momento las dos tendencias llegan a coexistir, viviendo ciclos de dominio alternado, dependiendo de los intereses de clase, de las condiciones de la economía local y nacional, y de la influencia ideológica que las fuerzas en disputa logran alcanzar entre las masas. Sin embargo, las tendencias inmovilistas parecen ser más fuertes en aquellas regiones con marcada predominancia de los grupos de origen étnico, y ahí en donde la Iglesia católica ha conservado históricamente un gran dominio ideológico y cultural entre la población. ¿Es certera esta apreciación? Analizaremos a continuación los desarrollos regionales de los estados de Jalisco y de Sonora, en busca de respuestas.<sup>1</sup>

1. Sonora y Jalisco no son regiones en un sentido estricto, sino territorios administrativos delimitados históricamente como estados de la federación mexicana, en los cuales subsisten y se han desarrollado pequeñas regiones: la minera en el noreste, la cerealera en el sur, en el caso de Sonora, y Los Altos y la región tequilera en el caso de Jalisco. Una definición amplia de región nos permite comparar los desarrollos de los estados como parte de la historia regional y delimitar las diferencias culturales que definen lo sonorenses —la carne asada, el bacanora, elementos yaquis y mayos en el habla regional, la influencia del inglés en el habla popular, etcétera— y lo jalisciense —el pozole, el tequila, la cultura del charro, el tradicionalismo religioso, etcétera— como identidades regionales que integran la identidad mexicana.

## El periodo colonial

### La Nueva Galicia y el desarrollo de olla a presión

La conquista del territorio de Nueva Galicia fue iniciada por Nuño Beltrán de Guzmán en 1529; después de tres intentos fallidos para encontrar el lugar de asentamiento de la ciudad de Guadalajara, ésta se estableció en 1541 en el Valle de Atemajac. Sus primeros 200 habitantes, originarios de Extremadura, Castilla, Vizcaya y Portugal, se ubicaron en un terreno de pobres recursos y sin las minas de oro y plata tan ambicionadas por los conquistadores. La ciudad incorporó a su jurisdicción a tres poblaciones indígenas vecinas: Mezquitán, Mexicaltzingo y Analco, barrio éste fundado por los franciscanos.

Para 1560, Guadalajara se convirtió en la capital del reino de Nueva Galicia, sustituyendo a Compostela, Nayarit, y en sede del obispado. Poco después, se instaló la Audiencia a la que se atribuyeron diversos privilegios como: “la justicia, la administración, el nombramiento de magistrados (alcaldes mayores y corregidores) y el poder de conceder gracias de estancias.” (Riviere D’Arc, 1973: 29). Desde su origen, la función administrativa fue una de las características más importantes de la ciudad.

La vocación como centro burocrático y de servicios se fue consolidando poco a poco, y en 1568 se instaló la Caja Real y algunos colegios religiosos; casi al final del periodo colonial, en 1791 se instaló la Universidad de Guadalajara con las facultades de Derecho Canónico, Leyes, Medicina y Cirugía, y también llegó al reino la primera imprenta.

Desde el principio, las diferencias entre Hernán Cortés y Nuño de Guzmán, le permitieron a la región gozar de una mayor libertad administrativa y política que el resto de las provincias de la Nueva España; esta relativa autonomía y no sus elementos de riqueza geográfica, según Riviere D’Arc,

fue decisiva en el nacimiento de una conciencia regional en torno a la ciudad (loc. cit.: 32).

Los españoles encontraron en Occidente poblaciones escasas y de civilización rudimentaria; grupos que subsistían de la caza, la recolección de frutos y de una agricultura incipiente, “que en ocasiones era acompañada de ciertas actividades de carácter artesanal”; estos grupos, ajenos a la dominación mexicana, constituían “estados o señoríos bastante débiles...” (Chevalier, 1980: 29). La debilidad y las grandes diferencias culturales, lingüísticas y políticas de estos grupos locales, facilitaron su derrota y conquista, en la que participaron ejércitos mexicanos (aztecas) y tlaxcaltecas al lado de los españoles.

Las comunidades indígenas ubicadas en la zona de influencia inmediata a Guadalajara, vivieron un proceso de destrucción cultural más rápido e intenso que en el resto del territorio, debido: 1. A que estas comunidades aunque pequeñas, habían alcanzado un mayor grado de desarrollo; 2. Con mayor arraigo a la tierra, y ante el ejemplo de los mexicanos y tlaxcaltecas aliados con los españoles, ofrecieron menor resistencia a la sujeción; y 3. Al incorporarse al trabajo de la sociedad española, poco a poco adquirieron sus hábitos, lenguaje y otros condicionamientos económicos y sociales que fueron introduciendo en sus comunidades como elementos culturales que desintegraron sus tradiciones centenarias.

En cambio, el proceso de conquista e integración de las comunidades de Colotlán y de Nayarit fue mucho más lento y complicado porque: 1. Estas comunidades, básicamente nómadas y cazadores, vivían una cultura mucho más atrasada; 2. Su hábitat comprendía grandes extensiones serranas que les permitían esconderse y defenderse de los españoles; 3. Su débil arraigo a la tierra los convertía en grupos sociales difíciles de sujetar; y 4. Durante mucho tiempo, no permitieron ni la presencia de la Iglesia, man-

teniendo su cultura, lengua y tradiciones remontados en lo más profundo de la sierra (Aldana Rendón, 1986: 27-28).

Guadalajara no sólo fue la capital política, sino también la capital espiritual de la Nueva Galicia, lo que llegó a representar un factor muy importante en el desarrollo regional, porque la Iglesia participó activamente en la colonización de nuevas tierras y en la evangelización de las poblaciones indígenas, labor que con gran empeño realizaron los monjes jesuitas, agustinos y franciscanos. El obispo de Guadalajara se convirtió muy pronto en un personaje cuya influencia podía rivalizar con la más alta autoridad civil del reino.

En poco tiempo, la Iglesia se convirtió en uno de los propietarios más importantes gracias a los grandes ingresos que recibía por el cobro del *diezmo*, contribución que afectaba a todos los productos de la tierra y la ganadería, y que debía ser pagada por los agricultores y ganaderos españoles, criollos y mestizos, así como los clérigos y las órdenes monásticas; los indígenas estaban exentos, porque ellos pagaban directamente un tributo al rey (Florescano, 1976: 67-68). Gracias al diezmo la Iglesia fue la única institución colonial que contaba con recursos monetarios disponibles a toda hora, y en los momentos de apuro, los grandes propietarios, sobre todo los dueños de mayorazgos que no podían vender sus tierras, recurrían a ella en busca de préstamos, que la Iglesia otorgaba en hipoteca más un rédito anual de 5% (loc. cit.).

Con estos ingresos, el culto se realizaba con esplendorosa riqueza y las diferentes órdenes pudieron adquirir bienes inmuebles para construir templos, conventos y seminarios. Los franciscanos poseían los templos de San Francisco en Analco, dos capillas en San Sebastián, y algunas huertas pequeñas. Los agustinos fueron dueños de la hacienda de San Agustín en Mascota, y otra del mismo nombre en Ayotlán, ambas muy productivas. Los carmelitas, por su parte, eran dueños de diversas propiedades entre las que

sobresale la hacienda El Carmen, cercana a la población de Ahualulco. Finalmente, los jesuitas, poseían el Colegio de Santo Tomás de Aquino y algunos terrenos en el Valle de Toluquilla.

La influencia de la Iglesia en el Occidente mexicano fue tan importante que:

La vida entera desde el nacimiento y la muerte, y todo el día, desde el despertar hasta irse a dormir, transcurría bajo el signo de la religión [...] Las procesiones de cruces e imágenes, eran todo un espectáculo concurrido por las autoridades religiosas, civiles, judiciales y militares. Se echaban a vuelo las campanas. Ondeaban los pendones y estandartes. La gente cantaba y rezaba (Moreno, 1982: 98).

Las familias asistían a misa y a rezar el rosario todos los días, y se rezaba antes de comer y antes de dormir. Las pocas lecturas que circulaban se referían casi siempre a vidas de santos y oraciones milagrosas a San Cristóbal, San Clemente o Santa Bárbara, para que los protegieran de las tormentas y rayos. La cuaresma era verdaderamente austera y la Semana Santa se vivía en completo luto. Las pocas escuelas estaban en manos de eclesiásticos, sacristanes y monjas, y la enseñanza se limitaba al silabario, el catecismo y aritmética elemental; las niñas además de rezar, en su paso por la escuela, aprendían tareas domésticas y costura. En este ambiente, se fue desarrollando una sociedad profundamente intolerante y cualquier opinión discordante era considerada una herejía (loc. cit.: 100-101).

En las villas y pueblos, las fiestas de los santos patronos se multiplicaron y se convirtieron en actividades colectivas en las que se combinaban devociones y mundanas alegrías. Además de los santos de la localidad, los devotos también asistían a venerar a la Virgen de Zapopan; a la del Rosario, en Talpa; a la de San Juan de los Lagos; a la del Sagrario, en Tamazula; al Señor de los Milagros, en Magdalena; el Dulce

Nombre, en Amacueca; el del Perdón, en Tuxpan; el de la Misericordia de Etzatlán; el de la Salud, en Zacoalco; el señor de Amula, en San Gabriel; el Señor del Agua, de la catedral de Guadalajara, y otra gran cantidad de santos, cuyos cultos florecieron a lo largo del territorio de la Nueva Galicia.

La fe y la esperanza movían a los fieles en busca de consuelo a sus penurias y pesares, y los milagros se multiplicaron y sus noticias corrían de boca en boca y de pueblo en pueblo; los santos y vírgenes más milagrosos convocaron a un creciente número de fieles, en Talpa, San Juan de los Lagos y en Zapopan, y tras ellos llegaron los comerciantes y las ferias, que modestas en sus inicios, para finales del siglo XVIII y principios del XIX, llegaron a convertirse en pujantes mercados regionales.

Hacia finales del siglo XVIII, la población de Nueva Galicia logró estabilizarse y se ubicó en 291 043 habitantes, clasificados en cinco grupos étnicos: europeos, que apenas representaban 0.17 por ciento; españoles (criollos), 30.64; indios, 34.70; mulatos, 20.70 y otras castas (mestizos), 13.77 por ciento (Menéndez Valdez, 1980: 135-161). Esta composición étnica demostraba la poca presencia de extranjeros en el reino, el equilibrio entre la población criolla y la indígena, y el mestizaje creciente que vivía la población de origen africano.

Casi 90 por ciento de la población productiva se encontraba ligada al campo, en su mayoría como tributarios, labradores y jornaleros. Los tributarios eran sobrevivencias del régimen de explotación que el Estado español imponía a las comunidades indígenas, en tanto que los jornaleros representaban el surgimiento de una mano de obra asalariada; los labradores, por su parte, rentistas de los hacendados, con el tiempo dieron origen a un pequeño núcleo de pequeños propietarios.

El desarrollo económico y la consolidación de la identidad regional, de la Nueva Galicia primero y de Jalisco después,



han generado interpretaciones diversas, dependiendo del enfoque que los diferentes estudiosos aplicaron a sus investigaciones. Para Ramón Serrera Contreras, la riqueza original y el carácter regional surgieron de la actividad ganadera que convirtió a sus habitantes en expertos jinetes y hombres de campo (1978: pássim). Riviere D'Arc considera que la función comercial “cualquiera que haya sido”, fue el factor más importante y característico del crecimiento de Guadalajara, atribuyéndole el papel de *elemento motor* y estimulante para la formación de la región (pp. cit.: 41), sin embargo, D'Arc, también señala al campo —agricultura y ganadería— como “el marco donde la región se formó por el nacimiento de tradiciones y de un género de vida particular” (loc. cit.: 45).

Ambos autores coinciden, sin embargo, en que la función administrativa y burocrática que distinguió desde su nacimiento a la ciudad de Guadalajara —en tanto sede de los poderes políticos, judiciales y eclesiásticos—, contribuyó en gran medida a la consolidación temprana de la identidad regional.

Eric Van Young contradice la tesis de la consolidación temprana de la identidad regional y afirma que el desarrollo de Jalisco sólo pudo consolidarse hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, cuando Guadalajara alcanza a plenitud su funcionamiento como una ciudad regional primaria “y la jerarquía urbana de su extendido *hinterland* demostraba un grado concomitantemente alto de falta de regularidad logarítmica”, llevando a la región hacia un desarrollo del tipo de olla de presión/solar (Van Young, 1991: 117).<sup>2</sup> En este esquema de centralización ascendente de las relaciones comerciales en favor de Guadalajara, las poblaciones rurales lograron desarrollar algunos tenues lazos laterales,

2. Para sustentar esta afirmación, Van Young comparó los saldos comerciales de Guadalajara con los obtenidos por un grupo de veinte poblaciones cercanas, y encontró que Guadalajara superaba por 25 veces a la población de La Barca, que apareció como su rival más cercana (cfr. loc. cit.: 117, nota al pie).

“en términos de las relaciones crediticias, los comerciantes itinerantes, las ferias periódicas” y otras actividades menores, en un marco de limitada especialización productiva intrarregional.

En Jalisco, según Van Young, predominaba un tipo de desarrollo de olla a presión cuyas principales características eran: 1. La existencia de mercados muy limitados geográficamente para casi todo, excepto para los bienes comerciables de gran valor y poco volumen; 2. Niveles bajos de las exportaciones regionales para los bienes agrícolas; y 3. Un generalizado bajo nivel de intercambio comercial entre regiones de este tipo, constituyendo un espacio económico mayor.

El planteamiento de Van Young contradice las interpretaciones que sostienen que gracias a la pujanza económica de la Nueva Galicia durante el periodo colonial logró consolidarse una identidad cultural y un sólido desarrollo económico regional. Los datos históricos, dice, dejan ver una especie de efecto *iceberg* “en el que sólo la punta de la economía regional lograba un nexo comercial más amplio, mientras que la enorme masa restante producía, consumía y comercializaba sólo en el nivel intrarregional, llegando casi a la no comercialización” (loc. cit.: 121).

Desde la perspectiva de Van Young, en Jalisco hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, prevalecía una integración horizontal o espacial débil, que confirman las tendencias centrífugas del desarrollo del país durante el periodo colonial e incluso, mucho después de la independencia nacional. Esta debilidad de las articulaciones horizontales se relaciona directamente, dice Van Young, “con la debilidad de la vertical —o articulación sociopolítica— dado que probablemente indicaría una división social del trabajo relativamente baja” (loc. cit.: 122).

Van Young apenas esboza la existencia de una región en Jalisco durante el periodo colonial, pero Bryan Roberts es mucho más contundente en sus conclusiones. Señala que

la Nueva Galicia careció de funciones económicas especiales que pudieran estructurar una identidad regional, y en consecuencia, no existió en Occidente, “una región claramente demarcada e integrada”, sino, “la formación gradual de identidades regionales que se traslapan, fragmentan y reagrupan hasta el presente” (Roberts, 1980: 15-16). En su opinión, dos factores fundamentales impidieron la consolidación de una región en el Occidente: 1. La fragmentación económica del área, debido no sólo a los diferentes tipos de agricultura (indígena y española coexistiendo) o industria extractiva, sino también a la dispersión de los mercados, poco integrados para estos productos; 2. La ausencia de un producto importante con suficiente valor exportable que se convirtiera en el motor de la integración regional. La minería era escasa<sup>3</sup> y se concentraba sobre todo en metales no preciosos, en tanto que la producción agrícola era básicamente para los mercados locales, con algunos excedentes dirigidos al mercado nacional. La conformación regional, afirma, sólo llegaría a partir del siglo XIX (loc. cit.: 16-17).

A partir de las interpretaciones anteriores, podemos señalar que el desarrollo regional de la Nueva Galicia y de Jalisco, durante el periodo colonial, puede quedar definido por los siguientes elementos: 1. Territorio bastante irregular que dificulta el control político y propicia el surgimiento de distintas regiones que, durante mucho tiempo, se desarrollaron casi en aislamiento total; 2. Población indígena sedentaria, la que salvo las comunidades cora y huichol —arrinconadas en las zonas serranas—, fue asimilada a la autoridad y a la economía colonial; 3. El desarrollo regional tiene orígenes diversos, sobresalen la ganadería, la agricultura y el comercio, que a lo largo del periodo, se fueron

3. El mineral más importante de Nueva Galicia fue Bolaños, en donde las actividades de extracción no se iniciaron sino hasta el año de 1747, las que continuaron apenas hasta 1768, cuando la compañía minera cerró sus puertas. En otras localidades como Mascota, Guachinango y Tapalpa, la minería despuntó hasta los primeros años del siglo XIX.

entrelazando con la función administrativa y política que desempeñaba la ciudad de Guadalajara; 4. Los intercambios comerciales internos y externos fueron muy débiles, pero logró consolidarse una red comercial itinerante que se movía a lo largo del territorio en función de las ferias y las celebraciones religiosas de santos y vírgenes de los pueblos; 5. La autonomía administrativa de la Nueva Galicia, más que una expresión de fuerza de la identidad regional, fue el reflejo de la debilidad de las articulaciones verticales del Estado español, cuya capacidad de control se diluía conforme sus decisiones se alejaban de la ciudad de México y sus alrededores; 6. Con la excepción de las comunidades cora y huichol, la evangelización indígena fue muy exitosa, y la Iglesia pudo consolidar una “alianza conservadora” con la población indígena y con el resto de las etnias y clases sociales neogallegas, también se convirtió en una gran propietaria de bienes urbanos y rurales, y pudo alzarse como instancia de poder para determinar la conducta social y moral de la población, haciendo posible la consolidación de una cultura regional de corte conservadora y tradicionalista; 7. El crecimiento urbano de Guadalajara y su calidad como ciudad sede de los poderes civiles y eclesiásticos, le permitieron consolidar sus relaciones verticales con el Estado español y despuntar, poco a poco, como núcleo urbano centralizante del resto del territorio; 8. Las tendencias aristocratizantes en torno a la tenencia de la tierra, expresada en la proliferación de los mayorazgos, y la recuperación demográfica de la población indígena a mediados del siglo XVIII, consolidaron en la región la institución del peonaje y la persistencia de las formas feudalizadas de explotación y apropiación de la mano de obra.

### Sonora y la minería como motor de arrastre

En el noroeste de México, la penetración española fue lenta y la conquista sufrió una serie de entradas y retro-

cesos, y hubo de transcurrir un siglo desde las primeras exploraciones entre 1530 a 1565, hasta el establecimiento de las misiones, reales de minas, presidios, haciendas y poblados españoles hacia mediados del siglo XVII.

Las misiones constituyeron la institución colonial con mayor arraigo en la sociedad indígena del noroeste, y su desarrollo comprendió sobre todo las tierras costeras, entre las comunidades que ya conocían la agricultura. La *misión*, se montó sobre las tierras y límites de la aldea indígena y actuó como un instrumento de conquista que alteró las bases económicas y culturales de las comunidades.

Además de imponer la religión católica, las misiones instituyeron el matrimonio y la observación rigurosa de los rituales de la fe, y también alteraron el gobierno aborígen sustituyendo a los ancianos y chamanes por alcaldes y otros funcionarios de origen español. La economía de las misiones descansó sobre la agricultura indígena, pero los misioneros introdujeron nuevos cultivos y ganado, lo que modificó la relación hombre-naturaleza que hasta entonces había imperado (Radding, 1989: 13).

Los indígenas por su parte, respondieron a la conquista espiritual elaborando un sincretismo religioso y artístico, y sus fiestas, religiosas sólo en apariencia, enlazaban la liturgia católica pero conservaban su tradicional concepción cíclica con relación al régimen de la lluvia y los cambios de temperatura con la que los indígenas, desde tiempos ancestrales, pretendían controlar la naturaleza y obtener buenas cosechas. Sus fiestas conservaron no sólo los instrumentos musicales autóctonos, sino también la indumentaria y los cantos, en los que estaban presentes “importantes rasgos de la mitología y la cosmovisión aborígenes revestidas con los símbolos cristianos” (loc. cit.).

La minería fue la primera gran atracción para los colonos civiles, y si bien la agricultura y la ganadería pudieron producir los alimentos necesarios para la población durante

el periodo colonial, “la minería determinó el ritmo y la dirección de la colonización en la región” (loc. cit.: 14).

Desde mediados del siglo xvii hasta finales del xviii los campos mineros fueron creciendo, y de estos centros surgieron importantes redes comerciales que impulsaron el desarrollo económico regional. Estas redes abastecían de ropa, alimentos, utensilios y agua a los mineros. El comercio se realizaba en recuas de mulas y carretas que transportaban mercancías desde Culiacán, Sinaloa, Guadalajara y la Ciudad de México, y el arriero, en estas condiciones, se convirtió muy pronto en el principal promotor del movimiento de bienes.

La multiplicación de los centros mineros impulsó un variado comercio de mercados locales dominados por pequeños comerciantes. Alrededor de los reales de minas, se fueron desarrollando haciendas ganaderas y cerealeras, que satisfacían las necesidades de carnes, pieles, animales de tracción y alimentos. Durante el periodo colonial, predominaron las propiedades de mediana extensión, aunque no faltaron grandes haciendas en el Valle de Altar y en los márgenes del río Mayo principalmente. Las condiciones de trabajo menos rígidas que prevalecían en este territorio, permitieron el surgimiento de pequeños propietarios establecidos dentro de los límites de las haciendas; el *arrimado* —como se les llamó—, recogía sus propias cosechas y criaba su ganado a cambio de algunos servicios que prestaba a los hacendados. El crecimiento de estos pequeños rancheros llevó a la creación de muchos “pueblos libres” en el mismo corazón de la hacienda, que poco a poco se transformaron en poblaciones populosas que “deseaban naturalmente establecer gobiernos municipales para administrarse libremente, del mismo modo que otras poblaciones lo hacían” (Carr, 1973: 324).

Los pueblos que se desarrollaron en Sonora no fueron como los del centro del país, congregaciones de tipo rural,

sino activos núcleos de población típicamente urbana, producto de la extensa actividad minera que expandía la economía regional; “esas poblaciones representaban conglomerados de *empresarios* agrícolas cada vez más integrados al mercado interno” (loc. cit.: 329).

Las reformas borbónicas, tuvieron un gran impacto en la vida económica y social —sobre todo la expulsión de los jesuitas en 1767—, y aceleraron la crisis que afectaba a las misiones ante la creciente intervención de las autoridades civiles y militares que pretendían incorporar en el mercado a los indígenas que permanecían bajo la tutela religiosa, y a la penetración “cada vez mayor de la economía mercantil en los pueblos” (Radding, op. cit.: 14). Una vez que se perdió el control sobre las comunidades indígenas, distintos problemas de tierra alentaron la rebelión de las comunidades yaquis y seris, provocando un largo y sangriento conflicto que afectó la demografía de las comunidades, y muchas localidades quedaron prácticamente despobladas por la persecución de que eran objeto, muchos indígenas y sus familias tuvieron que emigrar hacia las minas y las haciendas, y sus tierras quedaron en manos de españoles y criollos.

Las reformas borbónicas también impulsaron la modernización de Sonora y la secularización de las misiones “aceleró el proceso para separar a los indios de sus comunidades, y con ello, se *liberó* la mano de obra para las minas y las haciendas de la región y alentó el crecimiento de la propiedad privada” (loc. cit.: 23).

Hacia finales del periodo colonial, la estructura social había cambiado de manera sensible: en 1760, casi 70 por ciento de la población era indígena; para 1800, la relación se había invertido y de los 123 mil 854 habitantes de Sonora y Sinaloa, 66 por ciento fueron censados como españoles o *gente de razón*. Los profundos cambios en la composición demográfica de la región, “repercutieron en los sistemas de trabajo y las relaciones de propiedad, a la vez que los

circuitos comerciales se ampliaron bajo la influencia de las actividades cada vez más audaces de los mercaderes extranjeros” (loc. cit.).

En Sonora, la magnitud del territorio y su lejanía respecto de las regiones del país, mucho más dependientes del poder colonial, eran por sí mismas, características que “hubieran garantizado un desarrollo distinto al del resto del país” (Carr, op. cit.: 321). Las provincias norteñas vivieron prácticamente en el olvido y en la mayor marginación política y administrativa durante el periodo colonial; de población nativa escasa y sin la consolidación de núcleos urbanos hegemónicos similares a los del centro del país, la población indígena se encontraba diseminada en un medio ambiente árido y hostil, predominaba el nomadismo en la mayoría de las comunidades, lo que impedía una colonización típicamente española y mestiza, como ocurrió en el sur y en el centro de la Colonia, lo que a final tuvo repercusiones muy importantes para el desarrollo de la agricultura, la urbanización y el surgimiento del mercado laboral.

En el norte, el problema indígena mantuvo una larga expresión de violencia y las incursiones de los indios nómadas, de los apaches principalmente, desalentaron la colonización en gran escala en la región, hasta finales del siglo XIX, cuando una acción combinada de los ejércitos mexicano y norteamericano aniquiló a los indomables apaches.

La minería fue sin duda *el motor de arrastre* de la economía norteña, y las ganancias que generaba lograron impulsar la formación de haciendas ganaderas, una agricultura intensiva y un activo comercio que florecía en torno de los reales de minas, impulsado por infinidad de pequeños comerciantes que aprovisionaban a los mineros de alimentos, pieles y materias primas. Estas condiciones de vida propias de las sociedades norteñas, dice Barry Carr, “implicaban estructuras de trabajo y de organización muy diferentes a las que prevalecían en el sur y en el centro”.



La poca mano de obra disponible en la región, por ejemplo, llevó a los hacendados que competían con la minería por los trabajadores, a suavizar e incluso desaparecer “instituciones como el peonaje” (loc. cit.: 323).

Otro elemento fundamental en la conformación regional fue la escasa presencia de la Iglesia en las provincias norteñas. Aún antes de la expulsión de los jesuitas y la disolución de las misiones, la Iglesia poseía muy pocas parroquias y conventos, y el boato y la riqueza propios del centro y del sur del país, jamás pudo alcanzarse en aquellas latitudes. Esta modesta presencia de la Iglesia impidió que en Sonora y en todo el norte del país se reeditara “la alianza conservadora entre una población indígena cuasi *servil* y la Iglesia, como sucedió en el centro”; esta ausencia de control ideológico sobre las masas indígenas, dice Barry Carr, puede ser la causa que explique la marcada tendencia liberal en la región a lo largo del siglo XIX, y “se antoja una explicación del mismo tipo para el anticlericalismo que exhibieron más tarde importantes sectores de la sociedad norteña” (op. cit.: 323).

Francisco Banegas Galván, ex rector del Seminario de Morelia y Obispo de Querétaro (1919-1932) coincide con la interpretación de Barry Carr, y explica que España, no terminó “ni la cristianización ni la cultura de las diversas castas de indios que poblaban el norte del territorio de la que entonces era la Nueva España...”; después de la guerra contra Estados Unidos en 1847, aquellas regiones, dice, “no tenían ni en ciudades ni en poblados, grupo alguno de moradores bastante fuerte, cristiano y compacto, para que pudieran asimilarse nuevos y extraños elementos si llegaban a venir”. Durante la Guerra de Reforma y la intervención francesa, los obispos contaron con muy pocos sacerdotes en aquella región, por lo que no resultó extraño finalmente, que sus habitantes:

[...] aunque formalmente católicos por estar bautizados, no tenían toda la instrucción religiosa necesaria ni el afecto a la religión. No es raro, según esto, que la propaganda irreligiosa de mediados del siglo pasado haya tenido efectos más perniciosos en aquellos pueblos, que los que produjo en el centro de la República, al grado que en la Guerra de Tres Años, las huestes que de allá salieron fueran las que iniciaron los atentados contra las personas y lugares sagrados que entonces se cometieron (citado en Almada, 1995: 194-195).

De esta manera, podemos definir las características del desarrollo regional de Sonora durante el periodo colonial a partir de los siguientes elementos: 1. Un territorio amplio, árido y hostil; 2. Escasa población indígena mayoritariamente nómada; 3. La minería surge como el factor detonador de la economía regional; 4. Lejanía y marginación de la administración colonial, que influyó en su identidad autonomista; 5. Evangelización inconclusa y poca presencia de la Iglesia católica, que favoreció el liberalismo entre la población; 6. Ausencia de un centro urbano hegemónico, que favoreció un desarrollo regional más equilibrado; 7. Escasa población nativa y alta oferta de empleos, que permitió la desaparición temprana de las formas feudales de apropiación y explotación de la mano de obra en la agricultura y en la minería.

### El siglo XIX. Las luchas por la modernidad

---

La independencia nacional, el régimen republicano y el federalismo, fueron causas políticas que los sonorenses abrazaron sin que la sociedad y su región sufrieran las grandes convulsiones internas que vivieron otras regiones del país, como Jalisco, por ejemplo. Los grupos de poder local no dudaron en desprenderse de las pocas ataduras coloniales que aún conservaban, con el fin de mantener su autonomía política y el control de la economía regional. Esta decisión,

que contribuyó a la consolidación de una clase dirigente local, fue de gran importancia para impulsar un desarrollo menos dependiente de los vaivenes políticos que asolaron al país durante el siglo XIX.

En Sonora, a diferencia del resto del país, de hecho no existió un bando conservador en el siglo XIX, porque la influencia política, cultural e ideológica de la Iglesia era muy débil, ni tampoco existía una aristocracia terrateniente, como en Jalisco, renuente a las reformas liberales, ni militares con afanes golpistas, de tal manera que, liberados de los efectos sociales que provocaron las constantes guerras entre las corrientes liberal y conservadora, las regiones norteñas reafirmaron sus tendencias autonomistas y acrecentaron su desconfianza hacia el resto del país, especialmente hacia la Ciudad de México, a la que consideraban la expresión del viejo centralismo colonial.

Ante la carencia de instituciones educativas regenteadas por la Iglesia, las escuelas disponibles en Sonora eran sostenidas por los gobiernos municipales, lo que constituyó un antecedente temprano de la lucha que emprenderían los liberales en todo el país para romper el monopolio educativo que la Iglesia conservaba desde los tiempos coloniales. Los sonorenses reconocen su poca cultura, pero valoran su independencia; un periódico local señalaba en 1838:

Aunque no hemos vivido entre bibliotecas, museos, academias, ni somos miembros de la sociedad politécnica, sabemos de la urbanidad y el decoro [...] Los sonorenses [...] preferimos la condición errante de las tribus bárbaras de nuestro suelo y querríamos mejor perecer bajo el peso del infortunio, que arrastrarnos asquerosamente como reptiles, por comer un pan de vilipendio (Estupiñán, 1999: 13).

La guerra contra Estados Unidos tuvo fuertes repercusiones en los estados norteños, y los sonorenses vieron acercarse peligrosamente la frontera norteamericana al

perderse los territorios de California y Arizona. La debilidad del Estado nacional alentó numerosas expediciones filibusteras que intentaron apoderarse de aquel territorio durante la década de 1850: William Walker (1853), Raosset de Boulbon (1852-1854) y Henry Alexander Crabb (1856-1857), las que fueron rechazadas por fuerzas locales que lucharon sin recibir apoyo del gobierno nacional, lo que incrementó el repudio a los gobiernos conservadores y en especial a la dictadura de Antonio López de Santa Anna, y el surgimiento de una generación liberal profundamente nacionalista (Radding, op. cit.: 57).<sup>4</sup>

La intervención francesa reforzó la identidad y su orgullo regional, aumentando su desprecio hacia el resto del país, al que consideraban lleno de cobardes que aceptaban la intervención de manera sumisa. Un periódico local decía en 1864: “Sonorenses, entre nosotros no tenemos cobardes como las corrompidas ciudades del centro de la República, que amenguan infames la dignidad nacional escuchando tímidas, desde un oscuro rincón de su casa, el estrépito final de las armas francesas en las calles y bajando sumisos sus ojos...” En el mes de abril de 1865, se dijo también: “Casi todo lo demás de la República es de traidores: Sonora no. A lo demás de la República lo manda un extranjero usurpador: en Sonora está el derecho popular, lo demás de la República es esclava: Sonora es independiente” (Estupiñán, op. cit.: 11-13).<sup>5</sup>

4. En Jalisco la guerra contra Estados Unidos no causó mayores problemas. El clero, los hacendados y demás ricos tapatíos se negaron a cubrir la cuota exigida por el presidente Valentín Gómez Farías. El estado apenas mandó mil hombres del Batallón de San Blas a luchar contra los invasores, y cuando los jaliscienses discutían las medidas para enfrentar la invasión, el Tratado de Guadalupe ya había sido firmado y se había perdido la mitad del territorio nacional (cfr. *Historia de Jalisco*, 1982, tomo III; pp. 60-68).

5. La intervención francesa fue recibida con alegría por el clero, los hacendados y demás partidarios de la monarquía. Apenas unos cuantos liberales se unieron a Juárez y abandonaron Jalisco. Jesús López Portillo y Rojas fue nombrado Comisario Imperial, y cientos de jaliscienses se incorporaron como funcionarios del imperio.

Por su parte, Jalisco fue un territorio donde las luchas para constituir el Estado nacional tuvieron uno de los campos de batalla más importantes durante la primera mitad del siglo XIX. Aunque la Independencia no tuvo muchos partidarios, las ideas republicanas, federalistas y liberales, contaron con aguerridas vanguardias políticas e intelectuales que buscaron impulsar cambios sociales profundos, para modernizar una sociedad caracterizada por la modorra intelectual, el inmovilismo y la tradición.

Los primeros intentos renovadores fueron encabezados por Prisciliano Sánchez quien, como diputado federal constituyente, presentó ante el pleno de la Asamblea su *Pacto de Anáhuac*, documento fundamental que sentó las bases del federalismo mexicano de 1824. Al ser electo como primer gobernador constitucional en enero de 1825, puso en marcha un ambicioso programa de reformas que incluía: el derecho del gobierno estatal para fijar y costear los gastos del culto religioso —el viejo Patronato Regio de la Corona española con el Vaticano—; supresión de los impuestos indirectos como las alcabalas y la imposición de contribuciones directas a los capitales y propiedades; impulsó la colonización de la costa del Pacífico; y la expedición del Decreto número 2, que declaró “a los antes llamados indios”, propietarios de las tierras, casas y solares que poseyeran de manera individual, independientemente de las propiedades que las comunidades poseyeran de manera colectiva. Este decreto fue fundamental en la estrategia liberal de convertir a los indios en pequeños propietarios agrícolas.

Sin embargo, el proyecto más ambicioso de Sánchez fue la reforma educativa, la que rompió con la tradición escolástica e impulsó las ideas de la Ilustración, el desarrollo del pensamiento científico y la libertad individual en todos los campos. Sánchez imaginaba que la educación pondría fin al fanatismo imperante entre las masas y se convertiría en motor de la prosperidad del estado. Con este propósito,

el 10 de enero de 1826 declaró extinguida la colonial Universidad de Guadalajara y creó el Instituto de Ciencias, institución que no pudo escapar a los avances y retrocesos que vivió el país, y su clausura o reapertura dependió de la orientación liberal o conservadora del gobierno en turno (Aldana, 1999: 13-14).<sup>6</sup>

Los impulsos liberales que alentaban las vanguardias intelectuales clasemedieras y populares, fueron combatidos por los sectores y las clases propietarias, la élite militar y el alto clero, y los intentos reformistas y las regresiones conservadoras llevaron a buena parte del país y a Jalisco a una sangrienta guerra civil que sólo terminó con la caída del imperio de Maximiliano en 1866.

La guerra civil y el masivo levantamiento de numerosas comunidades indígenas, especialmente las de Nayarit, opuestas a la aplicación de la Ley Lerdo, que las obligaba a repartir los terrenos comunales en parcelas individuales, impidió una dinámica expansión de la economía regional, y Guadalajara, sin una base industrial en crecimiento, careció del dinamismo necesario para centralizar el desarrollo de todo el territorio, lo que abrió el camino para que pequeñas regiones del estado ensayaran sus propias vías de desarrollo a partir de los recursos que disponían.

En el sur del estado la actividad minera fungió como un detonador de una economía regional diversificada, y los pequeños centros mineros que se instalaron en Zapotlán, Tecalitlán, Pihuamo, Tamazula, pero sobre todo en Tapalpa, estimularon diferentes actividades productivas que hicieron

6. Sánchez, al igual que todos los liberales mexicanos, consideraba a la educación una herramienta esencial para alcanzar la renovación social y cultural del país, por esa razón buscaban acabar con el monopolio educativo de la Iglesia. En palabras de Sánchez, la educación pública era: "A manera de un sol resplandeciente que ilumina, vivifica, anima y conserva el ser de la sociedad. Es el plantel de las virtudes cívicas y morales, la sal que preserva de corrupción a los ciudadanos, el coloso formidable a la tiranía, el azote de la superstición, el antídoto contra el fanatismo, y la mejor protección de la única verdadera religión con que Dios ha querido ser adorado por sus criaturas" (Sánchez, 1974: 11).

posible un mercado regional independiente del gran mercado de Guadalajara.

En Atemajac se instaló la Ferrería de Tula, propiedad de Manuel Corcuera, empresario visionario, dueño de grandes extensiones de tierra. En Ciudad Guzmán (Zapotlán) se instalaron fábricas de jabón, cerillos y de hilados y tejidos de lana y algodón; en Tapalpa, desde 1840 la fábrica La Constancia empezó a producir papel de buena calidad; en Sayula, se producía sosa calcinada para la fabricación de vidrio y loza vidriada, escobas, jabones, pastas de harina; y en las poblaciones vecinas abundaban las tenerías y talleres de labrado de pieles, los ingenios y trapiches que producían azúcar y aguardiente (De la Peña, 1980: 12-14).

Esta bonanza regional se vio interrumpida con la llegada del ferrocarril a Guadalajara en 1888 y su extensión hacia el puerto de Manzanillo en 1907. El impacto fue terrible porque “bajó considerablemente el costo del transporte de los artículos traídos de afuera y los volvió más atractivos que los locales”, que eran producidos con tecnologías obsoletas y con elevados costos que los hicieron incompetentes. Poblaciones como Tapalpa y Atemajac vieron nulificado su desarrollo y la crisis regional orilló a muchas familias a desplazarse a Guadalajara en busca de mejores condiciones de vida (loc. cit.: 20-21).

La región norte tuvo también un pequeño repunte, cuando en 1824 una compañía inglesa reanudó las explotaciones mineras en la población de Bolaños, logrando incentivar la actividad económica, pero un sinnúmero de dificultades técnicas, la inestabilidad del país y el vencimiento del arrendamiento de la mina, obligaron la suspensión de los trabajos y la salida de los ingleses en 1844. El resto de la región debió de subsistir, hasta hace pocos años, de una agricultura de autoconsumo en los municipios de Colotlán, Totatiche, Huejúcar y Huejuquilla. Era tal el atraso en que se encontraban las comunidades cora y huichol, que las

mismas propiciaron su incorporación a la rebelión indígena que desde 1855 encabezó Manuel Lozada (Bassols, 1988: 155-164).

En Los Altos, la agricultura y la ganadería fueron la base de una economía regional ligada a los mercados de Guadalajara, el Bajío y la Ciudad de México. Sin asentamientos indígenas y prácticamente sin mestizaje, sus pobladores alcanzaron una fuerte identidad cultural cerrada y aislacionista, a partir de un eficiente trabajo familiar y la conservación de los valores religiosos.

En otros lugares como Hostotipaquillo, Autlán, Mascota y Etzatlán, operaban algunas empresas mineras de relativa importancia, en Tequila se cultivaba el agave para la industria del mezcal, en tanto que la región de la costa esperaba en el olvido que sus riquezas fueran explotadas.

A diferencia de los sonorenses que se reconocían poco afectos a la cultura (Estupiñán, op. cit.: 13), las clases dominantes y algunos sectores medios de Jalisco se vanagloriaban de su herencia cultural, esencialmente criolla y tradicionalista. Gracias a esta centenaria vocación por el saber y las letras, surgieron en Guadalajara, Lagos, San Juan de los Lagos y en Ciudad Guzmán, diferentes agrupaciones y centros que realizaban una nada despreciable labor intelectual. En la capital del estado circulaban varios periódicos diarios, y la élite intelectual gustaba de participar de diferentes y rimbombantes agrupaciones literarias, históricas y científicas, todas ellas de gran prosapia y vedadas para el común de los jaliscienses. Las escuelas normales y profesionales se multiplicaban, tanto para los hombres como para las mujeres, atrayendo con su buena fama a numerosos estudiantes de toda la región occidental. La biblioteca municipal contaba con 30 mil volúmenes y era la más importante de toda la provincia mexicana. Este afán por el saber cultural, dice Juan B. Iguíniz, “hizo a los tapatíos llamar a Guadalajara la Atenas de México” (Iguíniz, 1981, tomo II: 267).



Sin embargo, esta fachada cultural sólo alcanzaba para cubrir a unos cuantos miembros de los estratos superiores, y las principales poblaciones del estado; la mayoría de la población de origen rural, tuvo muy pocas oportunidades para educarse, ya por falta de escuelas, ya por la temprana incorporación de los niños al trabajo campesino. En cambio, con el arribo del régimen porfirista, la educación privada, sobre todo la de orientación religiosa, creció a un ritmo vertiginoso, y en pocos años, la Iglesia pudo recuperar en Jalisco la influencia ideológica y la fuerza política que los juaristas encabezados por Ignacio L. Vallarta, en 1870, le habían quitado.

Al iniciar el siglo xx, la economía agrícola seguía siendo la principal actividad productiva del estado y dependía del cultivo de cereales (maíz y trigo), leguminosas (frijol y garbanzo), la caña de azúcar y sus derivados, y la producción alcoholera y de bebidas fermentadas como el tequila, mezcal, pulque y aguardiente. Estos cuatro rubros, llegaron a representar 95 por ciento de la producción agrícola del estado a partir del año de 1901 (Aldana, 1986: 130).

En su mayoría, los grandes propietarios de tierras vivían en Guadalajara sin más interés en sus propiedades que las rentas anuales que les permitían costear un elevado nivel de vida. Se empeñaban en conservar su mano de obra acasillada “haciéndole préstamos que provocaban una especie de esclavitud por deudas y dejando a sus mayordomos, personajes casi siempre brutales y oportunistas, la tarea de imponer la buena marcha de sus propiedades” (D’Arc, op. cit.: 59).

Contrastando con los hacendados tradicionales, una treintena de estos propietarios poseían una visión moderna de la economía y en sus grandes extensiones realizaban una producción diversificada que incluía maíz, trigo, caña, maguey (agave), ganado, e incluso poseían sus propias instalaciones industriales como molinos, ingenios y des-

tiladoras. La competencia por los mercados se tradujo en una modernización tecnológica que mejoró la producción y la calidad de los productos, y convirtió a estas haciendas en verdaderas empresas capitalistas, en donde las ganancias estuvieron supeditadas a la eficiencia productiva. Estos ricos hacendados incursionaban también en importantes negocios comerciales, industriales y bancarios, y llegaron a concentrar en sus manos los capitales rústicos, comerciales e industriales más importantes y dinámicos de Jalisco.

Familias como la Rincón Gallardo, por ejemplo, además de poseer 70 mil hectáreas de la Hacienda de Ciénega de Mata, ubicada en Lagos y en Aguascalientes, eran también importantes comerciantes de Guadalajara, mineros en Comanja, e industriales textileros con su fábrica La Victoria en Lagos de Moreno. Otro ejemplo de este tipo de empresario fue Manuel L. Corcuera, cuyas diversas propiedades agrícolas sumaban 50 mil hectáreas altamente rentables, y en Estipac industrializaba mezcal y azúcar, producía acero en la Ferrería de Tula, y era uno de los más importantes comerciantes de Guadalajara.

Los pequeños propietarios, o rancheros, mantenían un nivel de vida más o menos aceptable en la mayoría de los casos, pero entre ellos sobresalía un pequeño grupo asentado en La Barca y en Los Altos, bastante eficiente y que lograba importantes cuotas de producción y grandes ganancias. En términos generales, los rancheros jaliscienses combinaban un trabajo familiar intenso con el empleo de peones acasillados y, a excepción de los rancheros de La Barca y Los Altos, la mayoría tenía muy poco interés en mejorar sus técnicas de cultivo. Aspiraban a convertirse en hacendados, más que en eficientes productores capitalistas; vivían a límite de sus posibilidades, eran celosos defensores de la tradición y del régimen porfirista, y como buenos cristianos, se preocupaban por mandar a sus hijos a los colegios

religiosos de Guadalajara y establecían relaciones sociales con gentes de las ciudades (D'Arc, op. cit.: 60).

Más abajo de la escala social agrícola, venían los arrendatarios y los peones. Mientras los primeros podían alcanzar ocasionalmente buenas utilidades, los peones se hundían en las profundidades de la marginación y su condición podía llegar a ser tan triste como la de un esclavo.

Hacia finales del porfiriato (1906), el valor de la industria jalisciense representaba 4.5 por ciento del valor de la industria nacional, y en sus instalaciones laboraban 9 mil 985 hombres y 2 mil 126 mujeres. Las actividades industriales estaban muy ligadas a la producción agrícola y sus principales productos eran: aguardiente, azúcar, harinas, pastas, chocolates, aceites, almidón, mantequilla, cerveza, aguas gaseosas, cigarros (puros), jabón, curtidurías y productos textiles, zapatos, papelería y artesanías, vidrio, piel y artículos para la construcción de casas, armas, etcétera.

La apertura comercial alentada por Porfirio Díaz favoreció la instalación de numerosos empresarios extranjeros, que con sus inversiones dieron mayor impulso a la economía local. Para el año de 1902, los franceses eran los capitales más dinámicos del estado, y su influencia comprendía actividades muy diversificadas: al mismo tiempo eran socios mayoritarios de la Compañía Industrial de Jalisco, productora de hilados y tejidos de algodón, dueños de las fábricas textiles La Abeja y La Perfeccionada, poseían la mayoría de las acciones de la Hidroeléctrica de Chapala que surtía de electricidad a Guadalajara, dueños de la planta textil El Salto, y de las Fábricas de Francia, tienda con la que controlaban el comercio de productos europeos de lujo.

A los franceses se sumaron grupos de capitalistas alemanes que incursionaron en la producción de cerveza (La Perla) y después en el comercio y la industria, produciendo implementos y maquinaria agrícola. Los norteamericanos invirtieron en la construcción del ferrocarril Guadalajara-

Manzanillo, y en los centros mineros de Etzatlán, Hostotipaquillo y Autlán. Capitalistas ingleses establecieron plantas para la industria de la construcción, en las que producían trituradoras, molinos y calderas; finalmente, españoles y libaneses se diseminaron eficientemente en el campo del pequeño comercio.

Los capitalistas jaliscienses no vieron a la intervención extranjera como una amenaza para sus negocios, porque los recién llegados ocuparon espacios que no representaron una verdadera competencia para sus negocios, ni tampoco intervinieron de manera importante en la estructura agrícola tradicional que dominaban los capitales locales. Por el contrario, los inversionistas extranjeros encontraron amplios espacios para impulsar la modernización tecnológica en actividades en las que la burguesía local no podía intervenir por falta de capitales, o por temor a incursionar en negocios desligados de su tradicional vocación agrícola y comercial. Por tales motivos, a diferencia de lo que pasó en Sonora, en Jalisco no surgieron radicales posiciones antiextranjeras, sino una virtual complementación de funciones e intereses.

Por su parte, en los estados norteros, el arribo del régimen porfirista favoreció nuevas condiciones para el desarrollo de la minería, las comunicaciones y la propiedad privada de la tierra. En Sonora, esta nueva etapa de bonanza coincidió con el cambio de la capital del estado, de Ures a Hermosillo, en 1879, en donde militares porfiristas instalaron el gobierno, lejos de las tropas del general Carbó que pretendía controlar políticamente al estado.

El proceso de privatización de la tierra iniciado con la expedición de la Ley Lerdo en 1856, se intensificó a partir de 1883, y al amparo de la Ley de Colonización y Terrenos Baldíos, se realizó un violento despojo a las comunidades yaqui y mayo, cuyas tierras, ubicadas en los márgenes de los ríos del mismo nombre, fueron expropiadas a favor de

los grandes hacendados, lo que provocó una rebelión en 1886, la cual fue sofocada por el ejército porfirista, y su jefe Cajeme, capturado y fusilado en abril de 1887. Casi al mismo tiempo, en el norte del estado, tropas mexicanas y norteamericanas emprendieron la última gran campaña en contra de los apaches, la cual concluyó con la captura de su líder, Jerónimo, y el destierro de los pocos sobrevivientes a una reserva en el norte de los Estados Unidos.

No fue ésta la última rebelión de los yaquis, quienes se alzaron en armas una vez más en 1902, pero en esta ocasión el régimen porfirista estaba dispuesto a lograr su completo exterminio: durante seis años, casi 15 mil hombres, mujeres y niños de esa etnia fueron deportados y enviados a las haciendas del sudeste del país como esclavos. Esta política brutal provocó numerosas protestas entre los hacendados, porque los yaquis eran su principal fuente de mano de obra (Gracida, 1989: 121).

La *liberación* capitalista de la tierra despertó el interés de los inversionistas extranjeros que aceleraron el proceso de acumulación de la propiedad rural, surgiendo grandes haciendas como la Colorado River Land Co., con 52 mil 500 ha; la C. W. Wooster & Co., en Hermosillo, con 50 mil ha; y en los márgenes de los ríos Mayo y Yaqui, se instaló la Sonora and Sinaloa Irrigation, con una propiedad de 235 mil hectáreas. De manera paralela fue surgiendo una hacienda típicamente empresarial —orientada a satisfacer la demanda de los mercados locales y externos de productos como: trigo, maíz, chile, tabaco, caña, garbanzo y naranja—, la cual disponía de los mayores adelantos tecnológicos como arados de disco, sembradoras, espigadoras, trilladoras, despepitadoras, prensas para comprimir pacas, y “la moder-  
nísima cosechadora combinada” (loc. cit.: 115).

Este proceso de acumulación impulsado por el régimen porfirista, también favoreció a la pequeña y mediana propiedad, las cuales experimentaron un gran crecimiento, con

lo que se logró la consolidación de una clase media rural eficiente y empresarial.

En los últimos años del siglo XIX y en la primera década del XX, el desarrollo económico de Sonora recibió impulsos adicionales provenientes de la explotación de minerales industriales como el cobre, y la instalación de una extensa red ferroviaria que abrió el importante mercado norteamericano y consolidó las comunicaciones regionales.

En el mes de octubre de 1882, se concluyó el tramo ferrocarrilero entre el puerto de Guaymas y la población fronteriza de Nogales, con una extensión de 422 kilómetros. Para 1908, el estado contaba con una red de 900 kilómetros de vías ferrocarrileras que comunicaban a los principales centros mineros y agrícolas con Hermosillo y con la frontera norteamericana; además, los productores locales aprovechaban la red que desde Navojoa llegaba hasta Acaponeta, Nayarit, lo que convirtió a Sonora en uno de los estados mejor comunicados del país. El ferrocarril funcionó como palanca fundamental del desarrollo regional y reforzó las tendencias históricas que giraban en torno a la minería y la agricultura de la región centro-occidental (distritos de Guaymas, Hermosillo y Magdalena) lo que permitió establecer un mayor vínculo con el mercado norteamericano y con el capitalismo internacional (loc. cit.: 101).

La minería vivió una época dorada ante la creciente demanda de grandes cantidades de cobre, requerido por la naciente industria eléctrica para la elaboración de cables conductores; este nuevo auge minero, tuvo como centros fundamentales a las poblaciones de Cananea y Nacozari. El audaz aventurero, antiguo militar y ambicioso especulador William Cornell Greene, pudo levantar un gran imperio económico en Cananea a partir de 1899, cuando fundó la Cananea Consolidated Cooper Company, en la que llegaron a trabajar hasta siete mil obreros mexicanos y norteamericanos. En Nacozari se estableció la Moctezuma Cooper

Co., en 1895, la que si bien no alcanzó la importancia de las minas de Cananea, contribuyó de manera importante a la consolidación del desarrollo económico de Sonora en los últimos años del porfiriato (loc. cit.: 113).

La euforia por los minerales industriales provocó algunos retrocesos en la tradicional explotación de los minerales preciosos al caer el precio internacional de la plata en 1905; “el paso del patrón bimetálico al patrón oro, provocó el cierre de minas de plata, principalmente en el Distrito de Álamos, mientras Minas Prietas y La Colorada seguían en auge con la explotación de las minas de oro...”. A pesar de todo, la minería siguió siendo la columna vertebral de la economía sonorense y para 1905, había 122 negocios mineros importantes que producían más de mil 279 millones de kilos de oro, plata y cobre, con un valor aproximado de 24 millones 500 mil pesos, de los cuales se exportaban 13 millones, 524 mil, 583 pesos (loc. cit.: 114).

El repunte minero alentó el surgimiento de otras industrias como las fábricas de harina, de hilados y tejidos “Los Ángeles” que producía manta, mezclilla y rayados muy cotizados en el mercado local; fábricas de ropa como la “De Francia”, “El Globo” y “La Moda”, y una fábrica de cerveza: la “Cervecería Sonora”. En 1898 se creó el Banco de Sonora con sede en Hermosillo y con sucursales en Guaymas, Nogales, Chihuahua y agencias en Altar, Magdalena, Navojoa y Sahuaripa, y en 1902, se instaló el Banco de Cananea, propiedad de la compañía minera.

El desarrollo económico repercutió de manera favorable en el crecimiento de la población, y de 108 mil 211 habitantes en 1871, pasó a 265 mil 384 en 1910, logrando un aumento de 145 por ciento, en tan solo 39 años. A pesar de ello, la escasez de trabajadores siguió siendo un grave problema para la minería y la agricultura, sobre todo, a raíz de la expulsión de miles de yaquis ordenada por el gobierno porfirista. Si bien este hecho cotizó a la alza los salarios

de los trabajadores, la carestía de productos de primera necesidad los nulificaba, y las condiciones de vida de los trabajadores, eran, a final de cuentas, tan malas como en otras partes del país, lo que aunado a la irritante discriminación laboral que sufrían los obreros mexicanos ante los obreros norteamericanos, alentaron el estallido de la huelga de Cananea en junio de 1906. “Los tonos nacionalistas de la huelga encontraron fuerte eco en todo el país, por las facilidades que dio el gobernador Rafael Izábal, para que los soldados norteamericanos cruzaran la frontera e intervinieran en el asunto” (Carr, op. cit.: 330-331).

Por otra parte, el crecimiento económico de la región había impulsado la llegada de trabajadores de diferentes regiones, y la incorporación de numerosos empresarios extranjeros. Además de los norteamericanos, llegaron franceses, libaneses, italianos, sirios, griegos y chinos, que trajeron nuevas costumbres y usos, entre los que destacan la proliferación de las iglesias protestantes, lo que amplió visiblemente la tolerancia religiosa en la región. La población nativa asumió el estilo de vida y el carácter norteamericano, al grado de llegar a ser considerados “los yanquis de México”. Las principales familias mandaban a sus hijos a escuelas en Estados Unidos y el contacto con las ideas liberales de aquella sociedad, “fue un aspecto muy importante en la politización de la clase media sonorenses, y lo mismo podría decirse de Chihuahua y otros estados” (loc. cit.: 330).

Esta influencia cultural también despertó las convicciones nacionalistas en algunos de los sectores de las clases medias y los trabajadores, sobre todo a partir de la huelga de Cananea, y la creciente oposición a la penetración económica norteamericana se refleja en el decreto de agosto de 1913, expedido por el gobernador José María Maytorena, que prohibía a los extranjeros la adquisición de propiedades en el estado. El resentimiento popular se manifestó también en contra de ciudadanos de otros países, especialmente en



contra de los españoles y los norteamericanos, pero sobre todo contra los chinos, los cuales fueron perseguidos y masacrados en diferentes momentos desde 1916 hasta 1926.

### La revolución: el choque inevitable

La caída del régimen porfirista y el arribo de Madero al poder, preparó escenarios contrastados en Sonora y en Jalisco, y las diferencias que el desarrollo regional había establecido entre ambos territorios a través de la evolución histórica se agudizaron por los eventos políticos que se precipitaron a raíz de las elecciones de 1910.

En Sonora, desde 1906, el reyismo aglutinaba a los opositores al viejo grupo hegemónico ligado a los intereses políticos de Ramón Corral, ex gobernador y candidato a la vicepresidencia de la República, al lado de Porfirio Díaz en las elecciones de 1910. A la renuncia de Reyes para lanzar su candidatura a la vicepresidencia, sus partidarios volvieron los ojos a Madero, y cuando éste convocó a la rebelión armada, encontró suficientes partidarios, como Benjamín Hill, Salvador Alvarado, Juan Cabral y Francisco Bracamontes entre otros, que tomaron las armas, ocuparon diferentes poblaciones de importancia y provocaron la caída del gobierno local. Al mismo tiempo que los maderistas tomaron las armas en Sonora, hicieron lo mismo un buen número de grupos magonistas, quienes con sus proclamas políticas incorporaron un ingrediente ideológico que radicalizó las moderadas posturas maderistas en aquella región.

El hacendado José María Maytorena, ligado al made-rismo, ocupó el cargo de gobernador, y con el apoyo de la burguesía anticorralista, las clases medias urbanas y rurales y los trabajadores mineros, pudo constituir una nueva clase política, en la que participaron los jefes armados maderistas, lográndose conformar un amplio bloque social antiporfirista, aliado a Madero y partidario de la

renovación del sistema político, acorde con la tradición liberal subsistente en la región, aderezada, además, con las banderas sociales que el magonismo —lejano aún de las tesis anarcosindicalistas— enarbolaba.

En Jalisco, por el contrario, aunque el reyismo también tuvo muchos partidarios, las principales fuerzas económicas y políticas, así como el clero y amplios sectores de las clases medias profesionistas e intelectuales, permanecieron leales al régimen porfirista hasta el último momento. De los reyistas que pasaron al maderismo, muy pocos decidieron tomar las armas, y los alzados en Jalisco no pasaron de algunas partidas pequeñas, mal armadas, que no pudieron llevar a cabo acciones militares de importancia y el gobernador porfirista, Manuel Cuesta Gallardo, sólo cayó después de la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, en mayo de 1911, cuando grupos de estudiantes, trabajadores y algunos profesionistas se movilizaron exigiendo su renuncia.

Mientras que en Sonora el maderismo pudo aglutinar tanto a los jefes armados como a diferentes clases y grupos políticos en torno al gobierno de Maytorena, en Jalisco, la división entre los diferentes grupos liberales, así como el desprestigio y el ancestral repudio que esas organizaciones generaban entre buena parte de la sociedad, impidió la conformación de un gobierno local fuerte, y la lucha por el poder, aunque enconada, quedó circunscripta a los viejos actores porfiristas, sin que los actores maderistas como Roque Estrada o Salvador Gómez, pudieran en algún momento alcanzar el apoyo social necesario para sustituir a la vieja clase política porfirista, como había sucedido en Sonora.

En Jalisco, el reyismo había podido sumar a su causa tanto a liberales independientes como a un buen número de católicos ligados al movimiento de Acción Social, representando lo que François Xavier Guerra denomina el *nuevo pueblo*, cuyos miembros asumían el modelo del individuo-

ciudadano (Guerra, 1991: 458). El reyismo, logró conformar un movimiento político capaz de entusiasmar a importantes sectores de la sociedad jalisciense, en el que participaron tanto obreros y clases medias, como hacendados y comerciantes de la élite económica, convencidos de que el general Reyes tenía la capacidad para encabezar un proceso de transmisión pacífica del poder, la habilidad para conservar la vigencia de los viejos acuerdos con los actores porfiristas tradicionales, así como la fuerza política para reestructurar una red de nuevas alianzas que incorporara a los actores sociales excluidos por el régimen porfirista (loc. cit.).

Al renunciar Reyes a participar en la sucesión presidencial de 1910, varios de los más destacados miembros del movimiento católico trasladaron sus simpatías hacia Madero, con la intención evidente de aprovechar la coyuntura política, “como una oportunidad para lanzarse a la lucha electoral con un programa autónomo”. Madero no sólo había prometido luchar por el sufragio, sino además, “reconocía a los católicos como una fuerza política legítima” (O’Dogherty, 2001: 62), y desde el 30 de diciembre de 1909, los había alentado para que formaran un partido político cuyos principios eran similares a los que él defendía (Meyer, 1976, tomo II: 60).

El clima político alborotado por la sucesión presidencial fue aprovechado por el católico Eduardo Correa, quien en febrero de 1910, publicó en Guadalajara el Programa de Acción Católica, en el que afirmaba que los católicos eran los únicos capaces de “garantizar el imperio de la ley, la regeneración de las costumbres y la solución del problema social” (O’Dogherty, op. cit.: 63). Correa alentaba a los católicos a participar abiertamente y de manera organizada en la vida política, porque era la oportunidad “de la reconquista; es el instante –afirmaba– de hacer que se nos devuelva lo que se nos ha arrebatado; el tiempo en que pasemos [sic] en la opinión que representamos, como por los ideales de

justicia, verdad, honradez y progreso que representamos” (loc. cit.: 64).

Un año después, ante la confusión política que provocaba la rebelión maderista, los católicos se empezaron a movilizar con el fin de llenar los eventuales vacíos de poder que dejara el régimen porfirista en el caso de una victoria rebelde, y poder evitar el radicalismo social y la movilización incontrollable de las masas, que ya empezaban a preocupar a la Iglesia y a los grandes propietarios de todo el país. Con ese propósito, el cinco de mayo de 1911, pocos días antes de la toma de Ciudad Juárez por las tropas maderistas, se fundó en la Ciudad de México el Partido Católico Nacional, cuya influencia fue determinante en el rumbo ideológico que buena parte de la sociedad de Jalisco asumió frente a la Revolución. El Partido Católico, además, publicó un manifiesto llamando al orden social y político, exhortando a los católicos a participar activamente en el restablecimiento de la autoridad política, la paz social, la tranquilidad entre las familias y la confianza en los negocios.

El manifiesto que expresaba los temores de los grandes propietarios y demás dueños de la riqueza, señala que la crisis social que amenazaba al país tenía su origen en “la difusión de la inmoralidad y el liberalismo y su consecuencia, el socialismo”. Se afirma que el socialismo era un programa que “había declarado la guerra a Dios, a la propiedad privada, a los gobernantes y a todo orden establecido”, a cuyo paso, provocaba “incendios, huelgas, asesinatos, exterminio de ciudades, arrasamiento de campos y [convertía] al mundo [...] en un montón de ruinas” (loc. cit.: 83).

El desorden y el socialismo —se dice en el manifiesto—, así como el ateísmo, la inmoralidad y la corrupción de las costumbres que caracterizaban a la sociedad mexicana, eran producto del proceso de secularización llevado a cabo por los liberales juaristas, lo que provocó también el abandono de los principios religiosos como rectores del mundo social

y político;<sup>7</sup> el liberalismo también había abandonado los principios religiosos de la justicia y la caridad que debían regir la esfera de las relaciones laborales, destruyendo los tradicionales mecanismos que protegían al trabajo, dejando al obrero, “entregado a la inhumanidad de los patrones y a la codicia de los competidores”, alentando con ello, la lucha abierta entre el capital y el trabajo (loc. cit.: 85).

Para poner fin a estos males sociales, el Partido Católico proponía que el poder público y la nación debían reconocer a Dios como fundamento de la sociedad civil y origen de toda autoridad, inculcando, además, entre los pueblos, los principios y costumbres cristianas. Por ese mismo camino debía transitar el Poder Legislativo, observando los principios católicos y elaborando leyes que limitaran las libertades modernas y a favor del respeto de la moral cristiana y la justicia.

La solución de los problemas sociales, partía de dos principios fundamentales: 1. La propiedad privada era inherente al hombre y la apropiación privada del fruto del trabajo era un derecho natural; y 2. La sociedad era concebida “como un conjunto jerárquico de elementos desiguales, cuya base era la familia”. Aunque creados por Dios, y sólo en ese sentido esencialmente iguales, “los hombres debían obedecer un orden jerárquico y desarrollar diversas funciones, a semejanza de los miembros del cuerpo humano”. Desde la perspectiva católica, la igualdad pregonada por el socialismo “era contraria al orden natural y en consecuencia, imposible de realizar” (loc. cit.: 86).

El Programa de Acción propone que la relación entre los elementos sociales debía ser de cooperación y mutua dependencia, apelando a las soluciones que “el cristianismo suministra como únicas”. Para dar respuesta a los

---

7. Algunos de estos principios que habían sido abandonados a causa del liberalismo, eran: el reconocimiento del origen divino de la autoridad, el culto público a Dios y la protección del Estado a la Iglesia católica (O'Dogherty, op. cit.: 85).

problemas del trabajo industrial y agrícola, se privilegiaba la conciliación de intereses entre el capital y el trabajo; la colaboración entre el Estado y la Iglesia para restablecer el equilibrio y la paz social; el cumplimiento de las respectivas obligaciones entre patrones y obreros, los primeros pagando un salario suficiente y garantizando condiciones laborales adecuadas, los segundos, realizando eficazmente el trabajo convenido. Se pide al rico por caridad socorrer al pobre, y a los pobres ayudarse mutuamente “y como Jesucristo vivir en la pobreza con virtud” (loc. cit.: 86).

El Estado, por su parte, alentaría la distribución del capital, fomentando la instalación de cajas de ahorro “con el fin de fortalecer a las clases medias rurales y urbanas”. Para mitigar la situación de los campesinos, se pide a los hacendados católicos “tratar a sus trabajadores *como hijos*, proporcionando a sus peones un sueldo suficiente, habitaciones higiénicas, instrucción sobre los deberes para con Dios, la Patria [y] de todo aquello que los levante un poco del nivel de materialidad en que se mueven, y a los medieros oportunidades de participar en cajas de ahorro rural” (loc. cit.: 86-87).

El Programa de Acción reclamaba, también, la derogación de las Leyes de Reforma; el reconocimiento para los católicos “de sus derechos ciudadanos” y la libre asociación con fines políticos; la efectiva libertad de enseñanza, que hiciera posible la instalación de escuelas católicas dirigidas por la Iglesia; y el derecho de los padres de familia a exigir al Estado que en las escuelas primarias “se enseñe la religión de la mayoría” (loc. cit.: 89). Finalmente, el Partido Católico se declaró también defensor “de las instituciones democráticas y republicanas, principalmente del libre sufragio” que abriría las puertas a la participación activa de los católicos en los procesos electorales; así como la no reelección defendida por el maderismo y la inmovilidad del Poder Judicial.

A continuación, el Partido Católico en Guadalajara convocó a “una guerra santa” en contra del liberalismo, las Leyes de Reforma y la educación laica, y en favor de las libertades religiosa y educativa, sosteniendo que el liberalismo y el catolicismo eran “enemigos irreconciliables”. El partido convocó a los católicos a defender tres principios fundamentales: “Dios, Patria y Libertad”, que tomados del conservador Partido Popular francés, se convirtieron en lema y objetivos de su movimiento para iniciar “una guerra sin cuartel y guerra a muerte, al odioso partido liberal” (*La Chispa*, periódico de Guadalajara, 12 de mayo de 1911).

El Partido Católico inspiraba su actuación en la Encíclica *Rerum Novarum* que declaraba contrarios al pensamiento católico las ideas liberales y socialistas, y proponía un gobierno basado en la democracia cristiana, postulando su preferencia por los pobres —a los que ayudaría a paliar sus condiciones estableciendo cajas de ahorro y sociedades de socorro mutuo—, pero conciliando “los derechos del capital y del trabajo [...] sin perturbaciones del orden y sin menoscabo de los derechos capitalistas o empresarios” (loc. cit., 19 de mayo de 1911).

Con el apoyo apenas disimulado de la Iglesia y aplicando la presión moral a través de periódicos y homilías en las que invitaba a los católicos a votar por “el Partido de Dios”, el Partido Católico ganó de calle las elecciones de diputados locales y de gobernador del estado que se realizaron el 20 de enero y el 6 de octubre de 1912, respectivamente. Resultado similar obtuvo en Zacatecas, en tanto que en Michoacán, Guanajuato, México, Colima, Querétaro, Puebla y Chiapas obtuvo grandes avances, y también ganó muchas presidencias municipales, entre ellas las de Puebla y Toluca (Meyer, op. cit.: 61).

Después de medio siglo de ostracismo político, el poder político de los católicos emergió con gran fuerza gracias al apoyo de sus militantes en las urnas. De esta manera, mientras desde el norte estaba por llegar una revolución

que por herencia cultural y regional se declaraba liberal y anticlerical, en el centro-occidente del país, la sociedad se había definido a favor del proyecto social cristiano, contrario al que irrumpiría en sus territorios en 1914. No es de extrañar, entonces, que la Revolución tuviera poco que ofrecer a buena parte de la población de Jalisco y que fuera vista como un proyecto no solo ajeno, sino contradictorio al que defendían, y por lo tanto, decidieran enfrentarlo a lo largo de varios años de diferentes maneras, esperando reconquistar sus derechos políticos como ciudadanos católicos.

Mientras que en Sonora el asesinato de Madero alentó el levantamiento armado y el desconocimiento del régimen golpista de Victoriano Huerta, en Jalisco, el gobernador José López Portillo se apresuró a reconocer el nuevo estado de cosas, y un grupo de más de doscientas personas de inmediato postularon a Félix Díaz como candidato a la presidencia de la República, declarando, además, que con el arribo de Huerta al poder, comenzaba la verdadera obra de reconstrucción nacional “después de las convulsiones que afligieron al país y lo orillaron a la ruina”. Esta proclama, avalada por las viejas élites porfiristas, los grandes propietarios, empresarios, industriales, comerciantes, abogados, maestros, artesanos y miembros de los partidos liberales radicales y de la masonería, es una fiel fotografía de la ideología y del comportamiento político de “la clase pensante, culta de Jalisco” (Aguirre, 1985: 29-30).

De esta manera, mientras en Sonora se alentaba la Revolución, en Jalisco se preparaban para detenerla y combatirla. Con la desaparición del viejo orden político, la coherencia que soportaba a un conjunto social extremadamente heterogéneo se vino abajo, y “toda la diversidad local y regional estalla produciendo tantas revoluciones como regiones humanas, como comarcas, como relaciones de fuerzas locales existen en México”. Es por eso, que se puede hablar “de una revolución campesina, de revolución



obrero o de una revolución del norte y una revolución del sur. Todas estas revoluciones son ciertas” (Guerra, 1989: 5), como también son ciertas todas las expresiones regionales y locales que, como en Jalisco, se opusieron a ella.

El choque era inevitable, desde Sonora se desplazaron hacia el sur miles de hombres armados que en Jalisco fueron vistos como los nuevos bárbaros y ateos que querían acabar con la civilización y la religión católica. Estos contingentes norteños no eran solamente la expresión social y política de un movimiento rebelde que se negaba a reconocer al régimen huertista avalado de manera sumisa por la mayoría de los gobernadores de los estados, sino sobre todo, la irrupción en el escenario nacional de regiones históricamente aisladas y menospreciadas por los habitantes del centro y del occidente del país y cuyas élites, hasta ese momento, habían conducido la evolución histórica de México. A partir de su historia y sus valores regionales, a medida que avanzaban, los sonorenses confirmaban sus mitos, llegando a considerarse los únicos capaces de liberar de las cadenas de la tiranía y del fanatismo al resto de los mexicanos, a los que tratarían de moldear a su imagen y semejanza.

La evolución histórica y las particularidades de su desarrollo económico y cultural, llevaron a Sonora y a Jalisco por caminos diferentes, constituyendo identidades regionales que se nutrieron de valores y visiones sociales producto de sus experiencias propias, las que defendieron con firmeza. En la confrontación, tuvieron más peso las diferencias ideológicas que las coincidencias sociales, que no eran pocas, y en la defensa de sus convicciones, Sonora emergió como la región hegemónica de la Revolución y Jalisco, por la tenaz resistencia que bajo la dirección del clero opuso al gobierno constitucionalista y el gran apoyo social que recibió el villismo en su lucha contra los constitucionalistas, quedó marcado por los sonorenses como “el gallinero de la revolución”. El desarrollo de estos hechos es otra historia. 📖

Bibliografía

- Aguilar Camín, Héctor, *Saldos de la revolución. Cultura y política en México: 1910-1980*, México, Editorial Nueva Imagen, 1982.
- Aguirre y Santiago, Amado, *Mis memorias de campaña*, México, INEHRM, 1985.
- Aldana Rendón, Mario, *Proyectos agrarios y lucha por la tierra en Jalisco: 1820-1867*, Guadalajara, UNED, Gobierno de Jalisco, 1986.
- , “De la restauración al porfiriato: una nueva era dorada en Jalisco”, en Cerutti, Mario (coord.), *De los borbones a la Revolución*, México, COMECOSO-GV Editores, 1986.
- , *Liberales jaliscienses* (folleto), Instituto Dávila Garibi, Cámara de Comercio de Guadalajara, 1999.
- Almada Bay, Ignacio y Carlos Lucero Aja, “Indagar el anticlericalismo de la camada de Calles y Obregón”, en *Revista de El Colegio de Sonora*, Hermosillo, Sonora, año VI, núm. 10, 1995.
- Arregui Lázaro de, *Descripción de la Nueva Galicia*, Guadalajara, UNED, Gobierno de Jalisco, 1980.
- Barbosa Guzmán, Francisco, “La Iglesia y el gobierno civil”, en Aldana Rendón, Mario (coordinador general), *Jalisco desde la Revolución*, México, Gobierno del estado de Jalisco-Universidad de Guadalajara, 1988, tomo VI.
- Bassols Batalla, Ángel, *Norte de Jalisco. Una región remota de Occidente*, México, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, 1988.
- Carr, Barry, “La peculiaridad del norte mexicano, 1880-1927. Ensayo de interpretación”, en *Historia Mexicana*, El Colegio de México, núm. 87, vol. XXII, enero-marzo de 1973.
- Chevalier, François, *La formación de los latifundios en México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Peña, Guillermo de la, et al., *Ensayos sobre el sur de Jalisco*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH, Cuadernos de la Casa Chata, núm. 4, 1980.

Bibliografía

- Escobosa Gómez, Gilberto, *Crónicas sonorenses*, Hermosillo, Sonora, Talleres Gráficos de Flash Printer's, 1999.
- Estupiñán Munguía, Víctor, *Los sonorenses y su identidad cultural*, Hermosillo, Sonora, Sonora Marketing Asociados, 1999.
- Florescano, Enrique, *Origen y desarrollo de los problemas agrarios de México 1500-1821*, México, ERA, 1976.
- Guerra, François-Xavier, "Teoría y método en el análisis de la Revolución mexicana", en *Revista Mexicana de Sociología*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, año LI, núm. 2, abril-junio de 1989.
- , "Por una lectura política de la Revolución mexicana", en *Memoria del Congreso Internacional sobre la Revolución mexicana*, México, Gobierno del estado de San Luis Potosí, INEHRM, 1991, tomo II.
- Hiernaux, Daniel, "En la búsqueda de un nuevo paradigma regional", en Ramírez, B. (coord.), *Nuevas tendencias en el análisis regional*, México, UAM-Xochimilco, 1991.
- Iguíniz, Juan B., "Las agrupaciones culturales en Guadalajara", en Murià, José María et al., *Lecturas históricas. Después de la Independencia*, UNED, Gobierno de Jalisco, 1981.
- Menéndez y Valdez, José, *Descripción y Censo General de la Intendencia de Guadalajara 1789-1793*, Guadalajara, Gobierno de Jalisco, 1980.
- Moreno García, Heriberto, *Jalisco esta tierra*, Guadalajara, UNED, Gobierno de Jalisco, 1982.
- Murià, José María (director), *Historia de Jalisco*, INAH-Gobierno de Jalisco, 1982, tomo III.
- Pérez Herrero, Pedro (comp.), "Los factores de la conformación regional en México: 1700-1850. Modelos existentes e hipótesis de investigación", en *Región e historia en México*, México, UAM-Instituto Mora, 1991.
- Radding de Murrieta, Cynthia y Juan José Gracida Romo, *Sonora, una historia compartida*, México, Gobierno del estado de Sonora-Instituto Mora, 1989.

## Bibliografía

- Riviere D'Arc, Hélène, *Guadalajara y su región*, México, colección SEP-Setentas, 1973.
- Roberts, Bryan, "Estado y región en América Latina", en *Relaciones*, Guadalajara, vol. I, núm. 4, El Colegio de Jalisco, 1980.
- Sánchez, Prisciliano, *Memoria sobre el estado actual de la administración pública del estado de Jalisco, leída por el C. Gobernador del mismo*, Guadalajara, Poderes de Jalisco, 1974.
- Serrera Contreras, Ramón Ma., *Guadalajara ganadera. Estudio regional novohispano, 1760-1904*, España, Escuela de Altos Estudios de Sevilla, 1978.
- Van Young, Eric, "Haciendo historia regional: consideraciones metodológicas y teóricas", en Pérez Herrero, Pedro (comp.), *Región e historia en México*, México, UAM-Instituto Mora, 1991.